

POETA EN NEW YORK

IVÁN DARÍO UPEGUI

Esa tarde del mes de julio de 1929, Federico García Lorca caminó por Riverside Drive en medio de la multitud, la mayoría albañiles que laboraban en los rasca-cielos de la gran manzana. Venía de la Universidad de Columbia, donde dictaba unas conferencias y recibía clases de inglés, pero se sentía solo y frustrado y no veía mayor adelanto en el aprendizaje del idioma. Pronto se adentró por Broadway y logró ver a un grupo de judíos vestidos con sus levitas negras, la barba y el pelo rizado, la tradicional kipá coronando la cabeza, hacían una pausa para ir a la sinagoga. Nueva York era una ciudad que se proyectaba al cielo, convulsionada, pletórica de ruido. En los bares y cafés de las grandes avenidas se reunían los hombres de negocios. En las calles se veía una ola de inmigrantes de diversas razas, fundidas en la búsqueda del sueño americano. Federico había llegado a la ciudad proveniente de una España rústica a la que había cantado en poemas de color local, una España que muere a las cinco de la tarde

Nueva York, maestro,
me recuerda su
poesía, en ciertos
momentos una larga
enumeración caótica,
pero con un sentido
único de lo que es la
urbe contemporánea,
aquella que se
reinventa todos
los días.

cuando los toros caen en la arena y la sangre mana a borbotones en los ruidos de las plazas; una España de gitanos que se adormece bajo una luna de plata entre sembrados de olivo y parra.

Esa tarde fue a un cafecito donde solía reunirse con sus amigos Federico de Onís y Ángel del Río, profesores de español y literatura española en la universidad. Tan pronto entró en el lugar notó una presencia inusual: un hombre viejo, de barba blanca y sombrero texano, se encontraba sentado a una mesa en un rincón del salón. El mesero, un negro de Harlem con quien el poeta había trabado amistad, le dijo: “El señor Walter lo está esperando”.

Se estrecharon en un fuerte abrazo. Federico sintió un aroma a jardines florecidos, una fragancia natural que emanaba de los cabellos y barbas abundantes del viejo. Era más alto que él, robusto. Tenía unos ojos cristalinos de una belleza resplandeciente.

—Vengo de Camden —dijo—, ya casi no salgo de casa, pero me enteré de que usted se encontraba en Nueva York. Siéntese, Federico. ¿Le provoca tomar un café?

—Me vendría mejor una cerveza, hace mucho calor.

—El verano en esta ciudad es aterrador, aunque a mí me gusta más que el frío del invierno. Bueno, cuénteme, cómo le fue en el viaje.

—Fue un viaje largo —dijo Federico—; salimos de París en tren a Calais, cruzamos el Canal de la Mancha hacia Dover y de allí fuimos a Londres. Luego nos embarcamos en Southampton, en el Olympic; la travesía duró seis días.

—Y dígame, ¿cómo le ha parecido Nueva York?

—Yo vengo de una España muy rural —dijo Federico—, también muy hostil. En cambio Nueva York refulge en el acero, las máquinas y los altos edificios. Creo que es una ciudad que resume el mundo; aquí se reúnen todas las angustias, los clamores, las injusticias de un tiempo que agoniza. Nueva York, maestro, me recuerda su poesía, en ciertos momentos una larga enumeración caótica, pero con un sentido único de lo que es la urbe contemporánea, aquella que se reinventa todos los días. Tiene paisajes inspiradores, ríos, puentes, rascacielos, múltiples razas, religiones y cementerios, y nos da la idea de que el planeta entero pasa por sus calles; tiene el insomnio de sus noches embriagadoras, el silencio de los que evocan su terruño, las albas tristes de los que sueñan con pasión; los marineros de los puertos y los transatlánticos; la fauna y flora que muere para alimentar sus multitudes; la soledad de las oficinas en las noches vacías; las ratas grises que brotan de las alcantarillas, en fin, maestro, y todo lo que usted ha cantado en sus versos.

—Veo que en el breve tiempo de su estadía ya tiene una idea muy clara de lo que es esta ciudad, pero lo veo un poco triste. Cuénteme, qué le pasa.

—Es por Emilio —dijo Federico—, me ha roto el corazón.

—¿Se refiere al joven escultor? No se preocupe, ya le pasará. Yo también lo he vivido en carne propia, muchas veces. Pero veámosle el lado bueno al asunto, a causa de ese amor contrariado usted está hoy aquí, en Nueva York.

—Ya me había pasado con Dalí —dijo Federico—, en las residencias para estudiantes de Madrid; los artistas me atraen

profundamente. Él me criticó con dureza, me dijo que no perdiera el tiempo con imágenes pintorescas y me invitó a escribir poemas surrealistas. Luego se alió con Luis Buñuel, el cineasta, se hicieron muy buenos amigos. Nunca les voy a perdonar el título de esa película: *Un perro andaluz*.

—No creo que deba usted cambiar los temas de su obra, no se deje llevar por las modas, siga cantando a los gitanos, a los toros, los caballos y la luna como lo ha hecho hasta ahora, si no nadie va a creer que son sus poemas.

—No me veo haciendo esa poesía en Nueva York, maestro.

—Nueva York es todo y es de todos, Federico, aun de los gitanos.

—A mí me gusta en cambio su forma de ver la vida, su canto, la vastedad de la hierba que cubre la tierra en sus poemas.

—Uno tiene que buscar un símbolo, creo que usted lo ha hecho con Andalucía. Usted, Federico, sigue siendo un poeta popular, su poesía es el producto de su tierra y su gente.

El mesero llegó con el servicio. Era un hombre corpulento, casi montaraz, aunque el grueso de su musculatura contrastaba con la delicadeza de los movimientos de sus manos. Lentamente depositó el vaso de cerveza fría y la taza de café en la mesa. Federico, sediento, apuró varios tragos, mientras Walter sorbía la bebida caliente. De pronto sus miradas se cruzaron: los ojos negros y profundos del uno con los claros y brillantes del otro.

—Quiero alejarme de eso —dijo Federico—, hablar de mis sensaciones y sueños es lo que deseo trabajar aquí. Además, me da miedo repetirme.

—Uno no escribe sino un solo libro —dijo el viejo—. Verá, cuando publiqué por primera vez *Hojas de hierba*, por allá en 1855, pensé que, en lo sucesivo, iba a escribir otras cosas; sin embargo, lo único que he hecho después es revisar y volver a publicar esa obra, la he modificado tantas veces que ya no es la misma, ahora se me antoja un poco pretenciosa. Es curioso, cuando escribí el libro hice una larga parrafada introductoria, que decía así: “Walt Whitman, americano, uno de los duros, un cosmos, desordenado, carnal y sensual, no sentimental,

no por encima de hombres o mujeres o aparte de ellos, no más modesto que inmodesto". A Emerson le gustó mucho el libro y escribió un largo ensayo sobre él.

—Le confieso algo, maestro: siempre que pensaba en Norteamérica, pensaba en usted, en su poesía, ese torrente de vida que lo abarca todo; su poesía es tan vasta como este país. Es unánime, undívaga, objetiva, subjetiva. Sí, su poesía es como una esfera que rota sobre sí misma y siempre vuelve al mismo punto. Creo que eso lo aprendí de usted. Mis romances, mis cantos (el cante jondo), mis obras de teatro, todas, todos, vuelven a lo mismo, y el gitanillo es el negro o el indio o el inmigrante sudamericano, la misma minoría a la que usted se refiere, los mismos desposeídos, los pobres, los huérfanos. Porque somos uno solo. Por eso canto aquí, en Nueva York, a lo que usted cantó: "La deleitosa soledad, ya en medio del bullicio callejero, ya en la inmensidad de los campos y en las laderas de los montes". Ah, y a la muerte.

—La muerte y la guerra, usted tiene razón, Federico, fueron tiempos muy difíciles, como enfermero estuve cerca de todo eso. Después fui perseguido como poeta, este país no estaba preparado para mi poesía. Decían que era obscena.

—Usted dijo que la vida es lo poco que nos sobra de la muerte.

—Sí, lo dije en un momento de euforia, porque la sentía muy cerca. Usted sabe, la tuberculosis afectó mis pulmones. Pero, cambiando de tema, quiero decirle una cosa: usted y yo no tenemos la culpa de ser lo que somos.

Federico permaneció en silencio durante un momento. Siempre había imaginado que un encuentro con el maestro tendría necesariamente que conducir a este tema. Era una complicidad que compartían y que ambos, más el viejo, habían llevado a su poesía.

—Estoy de acuerdo, maestro, la culpa es de la vida. Así se lo he dejado saber a mis padres. Les envié una carta cuando vine a Norteamérica. Pero le confieso que a mí no me gustan los maricas. A mí me atrae profundamente la virilidad de los hombres. Más que el amor que se vende, me gusta la pureza, lo demás me inspira asco.

Ya comenzaba a caer la tarde. El sol todavía lanzaba los últimos destellos por entre los altos edificios de Manhattan, los empleados abandonaban las oficinas; a lo lejos, en el río, los ferrys marchaban hacia Brooklyn y Long Island. Federico recordó un fragmento del poema de Whitman: "Quédate conmigo este día y esta noche y poseerás el origen de todos los poemas, poseerás lo bueno de la tierra y del sol... aún quedan millones de soles".

—Debo regresar —dijo el viejo—, en Camden me esperan un gato, un perro, dos tortugas, un canario y Mary, el ama de llaves.

Estaban muy cerca el uno del otro. Federico fijaba ahora su mirada en las manos arrugadas del viejo; no obstante, le parecían bellas, con las venas azules y brotadas y los dedos de tipógrafo, las uñas un poco descuidadas, los brazos velludos, nervudos; ah, y la barba luminosa, densa y revolcada, parecía una nube colmada de mariposas.

—¿Puedo darle un beso?

—Nada quisiera más, Federico, pero creo que no va a ser posible.

—¿Por qué?

—Porque estoy muerto, usted lo sabe. Y esto no es más que un sueño. ■

Iván Darío Upegui (Colombia)

Medellín 1960. Ha publicado *Atardecer en las Vegas* (2008), *De escritores y gentes del común* (2010), *La noche antigua* (2014). Actualmente escribe aforismos, crónicas, ensayos y relatos en su página web *Miscelánea alfabética*, en la dirección electrónica ivandarioupegui.com. Además, fue el fundador del proyecto editorial *Palabras Rodantes*, del Metro de Medellín, empresa para la que ha trabajado durante los últimos quince años.